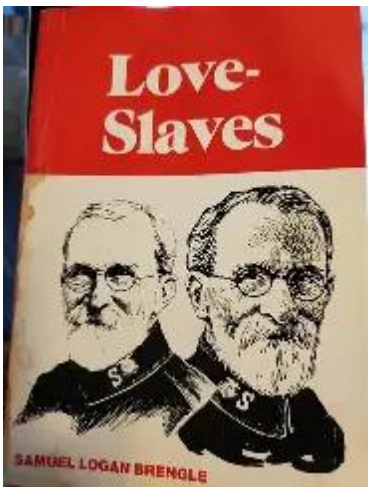


Esclavos de Amor

Samuel Logan Brengle

"Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo"
"Judas, siervo de Jesucristo"
"Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo"
"Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo"
"Pablo, siervo de Dios"

Así escribieron osada y orgullosamente Santiago, Judas, Pedro y Pablo, y esto en una época cuando el trabajo y el servir eran símbolos de inferioridad y vergüenza. Pero aquella época antigua, con sus falsas normas de vida, y conducta y con sus corrompidas glorias, hallábase en los umbrales de una nueva era, cuando el servir había de llegar a ser un signo de verdadera alteza y una señal distintiva de los hijos de Dios y de los ciudadanos celestiales que morasen sobre la tierra. La palabra "siervos", empleada por ellos, significaba realmente, esclavos. Ellos se consideraban esclavos de Dios y de Cristo.

La palabra y la relación que ellas implican parecen un tanto desagradable y nada atrayente, pero esa impresión se disipa cuando nos penetramos del verdadero significado. "Ellos eran esclavos de amor". El lazo que los condenaba era "el lazo inquebrantable del amor".

Existía una ley entre los hebreos por la que uno de su nación que fuese deudor y no pudiese pagar, podía servir de esclavo a su acreedor, por un determinado periodo de tiempo. Al fin de seis años debía dejársele en libertad. (Éxodo 21:1-6; Deuteronomio 15:12-17). Pero si el esclavo amaba a su amo y prefería quedarse con él y ser su esclavo, el amo le traía ante los jueces en cuya presencia en la puerta o poste le horadaba la oreja: esa era la señal de que sería su esclavo para siempre.

No se trataba pues de la esclavitud por compulsión y por la ley, sino que era la esclavitud del amor. Tal era la esclavitud de Pablo, de Judas, de Pedro y de Santiago; Jesús les había ganado por medio del amor.

Ellos se habían sentado a los pies del Gran Servidor, cuyos servicios eran prestados sólo por amor, quien vino no para ser servido sino para servir y para dar su vida en propiciación por todos. Ellos le habían visto darse a sí mismo para socorrer y consolar a los pobres para ayudar a los cansados y fatigados, para rescatar a los viles e ingratos y pecadores. Habían visto cómo él había hecho la entrega de su vida, como un río cuyas

aguas corren presurosas por el cauce, cuyas riberas arenosas y ardientes jamás le remuneran ni le agradecen el refrigerio que sus frescas aguas le brindan.

Ellos lo habían visto herido por nuestras transgresiones, castigado para que nosotros tuviésemos la paz, y herido para que por sus llagas fuésemos nosotros curados; y sus corazones quebrantados se habían inclinado ante ese grande amor, y desde aquel entonces eran esclavos suyos. Ya no eran libres de ir y venir a su antojo, sino sólo de acuerdo con lo que a él le placía, pues las cadenas fortísimas del amor les constreñían.

Aquella esclavitud y aquel servicio llegó a ser para ellos la más perfecta libertad. Para ellos el mayor goce consistía en hacer aquellas cosas en las cuales se complacía el Señor y Maestro. Su libertad era absolutamente completa, pues sólo es libre aquel que puede hacer siempre aquello que es más del agrado del Señor Jesús. Esta es la libertad de los esclavos del amor. El esclavo comprado a ese precio no tiene placer mayor, que el de servir a su Maestro. Este es su mayor placer y "su corona de gozo".

El esclavo de amor está siempre con los ojos abiertos para agradar a su Señor; tiene el oído siempre alerta para oír lo que él tuviere que decirle: su mente está siempre lista y dispuesta esta para ejecutar su voluntad; sus manos están prestas a hacer lo que él dispone, y sus pies presurosos para ir donde él quiera.

Se complace en sentarse a los pies de su Señor y contemplar su amoroso rostro, en escuchar su voz, en atender sus palabras. Está siempre listo y complacido en participar en sus privaciones y aflicciones; en velar a su puerta, en salvaguardar su honor: en alabar su nombre, en defender su persona. Esto es lo que proporciona gozo al esclavo del amor y esto es lo que se considera como su perfecta libertad.

Cierto esclavo africano de esbelta apariencia fue puesto a la venta en un mercado de Egipto. Su amo lo vendía en subasta. Varias personas ofrecieron precios por él. Un inglés que pasaba por allí se detuvo; lo vio, escuchó lo que se decía y comenzó a ofrecer precio. El esclavo lo vio y se dio cuenta de que el inglés era un hombre que había viajado mucho. Pensó que si el inglés lo compraba lo llevaría fuera de Egipto, lejos de sus amigos y de aquellos seres que le eran queridos, a quienes no volvería a ver en su vida. Maldijo al inglés, y le habría dado de golpes si le hubiese sido posible arrancarse la cadena que le ataba. Pero el inglés no mostró la menor alarma al ver la actitud del esclavo, y al fin hizo mayor oferta que todos los demás y quedó dueño del esclavo. Pagó el precio y se le entregaron los documentos que comprobaban su derecho de posesión del esclavo. Volviéndose a este dijo: "Aquí tienes los documentos, desde ahora en adelante eres un hombre libre".

El esclavo miró al inglés y su enojo cesó al instante. Lágrimas comenzaron a inundar su rostro, y cayendo a los pies del inglés, exclamó: "¡Señor, permítame que sea su esclavo

para siempre! Lléveme a los confines de la tierra; permítame que le sirva hasta la hora de mi muerte".

El amor había cautivado su corazón, y ahora el amor le constreñía. Sentía dentro de su alma la plena convicción que nada le podía proporcionar mayor placer que servir a un amo de esa clase.

Esta esclavitud de amor es la gloria y el gozo de toda fiel esposa. Ella prefiere sufrir privaciones y vivir en una choza con el ser a quien ama, que morar en un palacio lleno de riquezas y lujo, al lado de otro hombre.

Esta es también, a la vez, la esclavitud y la libertad de la fiel y verdadera madre. Si se le ofrecen a tal madre oro, honores y placeres, ella lo rehusará todo por el sagrado gozo de servir y sacrificarse por su amada criatura.

Esta es la verdadera libertad y servicio del cristiano. "Mi yugo es fácil y ligera mi carga", decía Jesús, y este es su último yugo y su ligera carga. El amor hace que sea fácil. Su carga es la carga de amor y su yugo es también el yugo de amor. El amor hace que todo sea fácil.

Al pecador le parece que el yugo es intolerable y la carga insoportable. Pero para aquellos que han aprendido el secreto del Maestro, su yugo es el signo de libertad y su carga da alas al alma.

Esta es santidad. Es la completa consagración y devoción. Es el ver todas las cosas desde el mismo punto de vista que las ve el Salvador. Es el perfecto amor lo que disipa todo temor. El esclavo del amor no teme a su amo, pues se gloría en hacer la voluntad de su Maestro. "No se haga mi voluntad sino la tuya". "Aunque me matara, en él esperaré, así dice el esclavo de amor.

Esta es la pureza de corazón, realizada por el poder compulso de un afecto y propósito nuevo y prepotente. El pecado y el egoísmo son consumidos en el fuego del gran amor. ¡Aleluya!

Esta es la religión hecha fácil. Este es el reino de Dios venido a la tierra, y su voluntad cumplida aquí en la tierra como se cumple en el cielo. ¿Porque qué más pueden hacer los ángeles que servir a Dios con este amor desinteresado y ardientemente apasionado?

El esclavo del amor es amable y cariñoso con todos los miembros de la familia espiritual, y todos de la familia se aman y están dispuestos a dar sus vidas por unos por los otros, pues al hacerlo estiman que lo que hacen es prueba del amor que sienten por el Maestro a quien sirven. Tal fue el espíritu de Pablo cuando escribió: "Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con

todos vosotros. (Filipenses 2:17) De igual clase fue el espíritu de la bella reina Esther, cuando consagrada por completo a la salvación de su pueblo, mandó decir a Mardoqueo: “Así entraré a ver a rey, aunque no sea conforme a la ley y si perezco, que perezca. (Esther 4:16)

Este esclavo del amor no se preocupa de su propia vida. (Hechos 20: 24) Le pertenece al Maestro. Los intereses del Maestro son sus intereses. No tiene ningún otro interés, no quiere ningún otro interés; no puede ser sobornado ni por oro ni por honores. Prefiere sufrir y perecer de hambre por amor a su Maestro, antes que sentarse a la mesa de fiesta con otros que no sean su Señor. Como Rut dice: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti, porque a dondequiera que tú fueses, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tu murieres moriré yo, y allí seré sepultada. Así me haga Jehová, y aún me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos” (Rut 1:16,17)

Preguntáis, “¿Cómo podremos entrar en esta dulce, suave, y al mismo tiempo, poderosa esclavitud de amor? Contesto: por medio de vuestra propia elección, y por medio de la revelación que haga Dios a vuestra alma. Se el amor que le tenéis ahora es muy débil e impotente, ello se debe a que no le conocéis; no os habéis llegado a él lo bastante para contemplar su hermosura.

“¡Oh, Dios mío, ¡cuán hermoso eres!” es la manera como se expresa el alma que llega a conocerle. Después viene esa experiencia que nos hace decir: “Has condescendido a pedirme el amor de mi pobre corazón”.

Para los hombres del mundo, él no es lo hermoso, porque nunca le han buscado ni procurado verle. Permitidle que se reveles a vuestras almas y os sentiréis predado de él. San Pablo vio su gloria y se quedó ciego a causa de su luz radiante y esplendorosa. Los otros apóstoles vivieron con él y anduvieron a su lado. Le amaron porque le conocían bien.

Por esta causa pudieron hacer la gran decisión. Como Moises “escogieron antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios”. Así debéis hacer la elección vosotros. La elección debe ser completa y final. Entonces, como el esclavo del amor, serviréis a vuestro Maestro. Si él no os dice nada velaréis; cuando os habla, escuchadle. Haced lo que os dice. Su voluntad se halla revelada en su Palabra. Escudriñad las Escrituras. Meditad en ella de día y de noche; atesorad su Palabra dentro de vuestro corazón. No seáis olvidadizos. Tomad el tiempo necesario para buscar su rostro. ¡Imaginaos si fuese posible que un esclavo dijese que estaba demasiado atareado para averiguar cual era la voluntad de su amo! Tomad el tiempo necesario, haced tiempo para

buscar al Señor y le hallaréis; él se revelará, entonces, oh alma, sabrás cuán dulce, cuán agradable es la compulsión de aquella esclavitud, a la cual se entra impulsado por los sublimes lazos del amor.